

Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hanover (USA), Ediciones del Norte, 1984; 176 pp.

Este es el último libro que escribió Angel Rama, antes de su trágico deceso en noviembre de 1983, y que publica póstumamente Ediciones del Norte con prólogo de su compatriota uruguayo Hugo Achugar y con la reproducción, a manera de introducción, del artículo "Angel Rama: la pasión y la crítica" que publicara Mario Vargas Llosa en el diario *El Comercio* de Lima (02.12.83), poco después de la muerte del crítico uruguayo.

Adjuntar el artículo de Vargas Llosa como introducción de este libro ha sido una idea muy atinada, allí el novelista peruano hace una de las mejores síntesis de la calidad intelectual y de la importancia continental que reviste la labor crítica que ha dejado Rama como herencia a la cultura latinoamericana. A pesar de las diferencias en concepciones ideológicas y literarias que lo distanciaban del crítico uruguayo, Vargas Llosa es lo suficientemente lúcido para apreciar la altura intelectual y creativa de Rama por su pasión por los libros; por el goce espiritual que le producía la literatura; por su labor de periodista, editor, antólogo, compilador, etc.; que lo han constituido en un "ciudadano de las letras del continente". Muchos ya han detectado que el aporte básico de Rama a la continuidad de la mejor tradición de la crítica literaria latinoamericana está en sus acertadas visiones panorámicas de la literatura de nuestro continente, Vargas Llosa al respecto afirma: "En esas visiones de conjunto-derroteros, evoluciones, influencias, experimentados por escuelas o generaciones de uno a otro confín —probablemente nadie— desde la audaz sinopsis que intentó Henríquez Ureña — ha superado a Angel Rama".

Precisamente *La ciudad letrada* es otro de los aportes de Rama como visión panorámica del estudio de la literatura latinoamericana, en su sentido más amplio, desde la llegada de los conquistadores hispanolusitanos hasta entrado el siglo XX. Hugo Achugar, en el prólogo, afirma que la creciente especialización de críticos y profesores está conduciendo a una lectura fragmentaria de la cultura latinoamericana que peligrosamente puede conducir a una balcanización del

estudio de nuestro continente. Por ello resultan indispensables estudios de conjunto, como el que hace Rama en este libro, que detecten con lucidez la identidad particular y continental de la cultura latinoamericana en su devenir histórico, a pesar del variado mapa cultural que divide a América Latina en regiones y de las cuales también se ha ocupado Rama en otras publicaciones a propósito de los procesos de transculturación de la narrativa latinoamericana del siglo XX.

*La ciudad letrada* contiene siete capítulos en los cuales Rama va estudiando las diversas relaciones que ha tenido la literatura escrita en general con los procesos políticos y sociales, desde las primigenias concepciones urbanas que trajeron los conquistadores españoles y portugueses en el siglo XVI, pasando por la Colonia, el proceso independentista, el siglo XIX, hasta el surgimiento de las clases medias entrando ya el siglo XX. Rama denomina ciudad ordenada a la primigenia concepción urbana que trajeron los conquistadores en el siglo XVI, la cual respondía a un pensamiento abstracto y planificado que se puede resumir en el modelo urbano de "ciudad barroca" y que se adecuaba a las exigencias colonizadoras, administrativas, militares y religiosas que se iban imponiendo a lo largo del continente. Los conquistadores ante la virginidad del suelo americano tuvieron la oportunidad de imaginar cómo podría ser una ciudad ideal de acuerdo a sus concepciones de jerarquía social y por ello no admitieron las tradiciones urbanas indígenas, sino que impusieron una razón ordenadora abstracta que consistía en trasponer un orden social jerárquico a un orden distributivo geométrico. Rama hace énfasis en que este ejercicio de pensamiento analógico no vinculaba sociedad y ciudad sino sus respectivas formas, permitiendo que leamos la sociedad al leer el plano de la ciudad. Esta concepción es propia de la edad barroca de los siglos XVI y XVII, momento crucial de la cultura occidental, según Michael Foucault, cuando las palabras se desprenden de las cosas y los signos adquieren un desarrollo y significación autónomos.

Esta concepción de ciudad de los conquistadores —continúa Rama— sólo es posible si se contaba con un proyecto racional

previo que permitiera al orden de los signos una mayor libertad operativa y una concentración máxima del poder que pudiera realzarla. El poder político que se concentró alrededor de la Iglesia, el Ejército y la Administración concretó la forma damero de la ciudad que distribuía a sus habitantes según su jerarquía social, de tal suerte que la distribución del espacio urbano aseguraba y conservaba la forma social. Llevar a la práctica tal proyecto de ciudad suponía previamente una representación simbólica de ella que se canalizó a través de las palabras, que traducían la voluntad de edificarla, y los diagramas gráficos o planos, que traducían la representación mental jerárquica que tenían de la ciudad los conquistadores. Todas las ordenanzas necesitaban de un script (escribano, escribiente o escritor) quien hacía una escritura para dar fe al acto fundacional de la ciudad, iniciando así la escritura un extraordinario papel en la historia del continente. La palabra escrita se consideró como la única y valedera que con su rigidez y permanencia remedaba la eternidad, en contraste a la inseguridad y precariedad que se le asignaba a la palabra hablada. A su vez el plano superaba el discurso ordenado de la lengua porque eludía el plurisemantismo de la palabra y porque representaba el diseño de la ciudad con absoluta independencia de la realidad, de este modo el plano representaba de manera diáfana la esencia de la ideología jerarquizante de los conquistadores.

El dar fe de la palabra escrita y la simbología representada por el plano tendían al sueño de un orden que servía para perpetuar el poder que garantizaba la conservación de una estructura socio-económica subordinante. El orden de los signos en manos del poder absoluto fue el instrumento adecuado para la conducción jerárquica de un continente desmesurado. Este orden de los signos —continúa Rama— al imprimir su potencialidad a lo real ha dejado marcas vigorosas que todavía subsisten en nuestras ciudades latinoamericanas, estas marcas se han ido rearticulando y adaptando a nuevas circunstancias históricas hasta nuestros días.

En contraste al criterio de frontera progresiva que regiría la colonización en EEUU, en el continente sudamericano la conquista española fue una frenética cabalgata por un territorio inmenso que dejó a su paso un

conjunto de ciudades incomunicadas y aisladas entre sí. De este modo las ciudades que se fundaron impusieron su poder sobre un inmenso y desconocido territorio, retomando la concepción griega que oponía la polis civilizada a la barbarie de los no urbanizados. Aquí se invertía el proceso que había regido a la fundación de las ciudades europeas las cuales habían nacido a partir del desarrollo agrícola para luego desarrollar un polo urbano donde se organizaba el mercado, en cambio aquí se parte de la fundación de un poblado de acuerdo a un proyecto abstracto y frecuentemente se transformaba a los que fueron campesinos, en la península ibérica, en urbanizados. La fuerza de este sentimiento urbano ha demostrado su pervivencia a lo largo de los siglos, encontrando en Sarmiento el renacimiento de la concepción que opone civilización (ciudad) a barbarie (campo).

Para llevar adelante todo lo que implicaba la ciudad ordenada —continúa Rama— la monarquía absoluta necesitó de un grupo social que dominara y ordenara el universo de los signos. Este grupo lo constituyeron los letrados, especialmente los sectores eclesiásticos, como la Orden de Jesús, que en forma paralela a la estructura administrativa de las colonias manejaron los diversos lenguajes simbólicos en directa subordinación a las metrópolis. De tal suerte que sobre todo el aparato administrativo de la ciudad barroca de la época surgió la ciudad letrada, ubicada generalmente al centro de la ciudad, constituida por un conjunto de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores, etc., todos ellos dedicados al manejo de la pluma, estrechamente ligados a las funciones del poder y muy numerosos en relación al número de alfabetizados que podían leerlos. La literatura fue sólo una parte de la producción letrada de la época y su circuito fue cerrado, pues nacía del poder virreinal y volvía a él, ya que los consumidores eran la misma élite letrada. La poquedad artística de esta literatura se explica por el espíritu colonizado que nutría sus génesis.

Tanto las exigencias de una vasta administración colonial y la evangelización de una gran población indígena fortalecieron la ciudad letrada, cuyos miembros entrenados en equipos (como la Sociedad de Jesús, la Inquisición) cumplieron una gran labor de

propaganda a través de mensajes persuasivos a vastos públicos analfabetos, fenómeno que ha encontrado equivalente –según Rama– recién con la industria cultural de los medios de comunicación masiva del siglo XX.

El discurso barroco no se limitó sólo a las palabras sino que apeló a jeroglíficos, emblemas, apólogos, cifras, etc.; todos ellos conformaron un enunciado complejo que se manifestó a través de la pintura, escultura, música, bailes, etc. Agrega Rama que la mejor expresión de este discurso barroco no está en los textos literarios sino en todo lo que implicaba la “fiesta barroca” y cuya expresión más ilustrativa son los arcos triunfales con que se celebraban los grandes acontecimientos.

Esta burocracia letrada cumplió una gran función social a través del púlpito, la cátedra, la administración, el teatro, el ensayo, etc. institucionalizándose como un poder (como dueños de la letra) dentro de las Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios o Universidades. Destaca Rama que la potencia de este grupo letrado es palpable en su extraordinaria longevidad, pues nace a fines del siglo XVI, continúa su labor durante y luego de la revolución independentista, e incluso subsiste, adaptándose a nuevas circunstancias históricas, hasta nuestros días. La producción literaria de diversas épocas muestra al respecto las batallas que se dan al interior del mismo grupo letrado para acceder al poder. Agrega Rama que con frecuencia se ha creído siempre que los intelectuales son meros ejecutantes de los mandatos de las instituciones y no se ha percibido la peculiar función de productores de mensajes y modelos culturales destinados a conformar las ideologías públicas y que por lo tanto ellos también son dueños de un poder.

El poder que adquirió la palabra escrita a través de múltiples operaciones en la época colonial hizo de la ciudad letrada una ciudad escrituraria, perteneciente sólo a una minoría privilegiada. El conjunto de letrados que salían de las universidades de Lima, México, Bogotá, Quito, etc., tanto en la Colonia como en la República –especialmente abogados y escribanos– sacralizaron la palabra escrita como un poder que transmitía la legitimidad de la propiedad a través de

contratos, testamentos o adquisición de bienes. La ciudad escrituraria generó la diglosia característica de la sociedad latinoamericana de la Colonia y mantenida con empeño luego de la Independencia. Existían dos lenguas: la que se alineaba con la norma cortesana de la península utilizada en la oratoria religiosa, ceremonias civiles y protocolares de los miembros de la ciudad letrada, y fundamentalmente en la escritura; y la popular que utilizaba la plebe hispano y lusohablante en su vida cotidiana, lengua de la cual se conocen pocos registros recogidos en muchos casos por las diatribas de los letrados. Esta última lengua tuvo una evolución constante apelando a contribuciones y distorsiones, en cambio la lengua pública oficial se caracterizó por su rigidez, la unidad de su funcionamiento y su dificultad para evolucionar.

La ciudad escrituraria –afirma Rama– estaba rodeada de dos anillos lingüística y socialmente enemigos: el primero era el anillo urbano constituido por la plebe formado por criollos, ibéricos desclasados, extranjeros, libertos, mulatos, mestizos, etc. Esta masa urbana es la que va a contribuir a la formación del español americano y que por largo tiempo resistieron los letrados. El segundo anillo que ocupaba los suburbios y se extendía por el inmenso campo americano lo constituían las lenguas indígenas y africanas, cuyos hablantes sufrieron una dura represión a través de la religión para abandonar su lengua materna y hablar el español según la norma cortesana. La defensa que hizo la ciudad letrada de la norma cortesana de la lengua se amplió también en el campo de la cultura, especialmente la literatura que implicaba un lenguaje escrito, generando una dependencia con la metrópoli que ha subsistido hasta el siglo XX, notoria –según Rama– cuando Carpentier explica palabras americanas según los requerimientos de un lector metropolitano.

La lucha contra la norma cortesana del español se manifiesta tanto a través de los graffiti, elaborados por autores marginados de las vías letradas y ajenos del uso de la escritura, como también dentro de la propia ciudad letrada cuando nuevos actores de de ésta como los criollos independentistas desplazan a los letrados peninsulares con sus

gacetas, periódicos, novelas (Lizardi), pasquines, etc. dirigiéndose a un público recién alfabeto. Al fundarse los estados independientes americanos y al asumir los letrados criollos (Bello, S. Rodríguez, Sarmiento) puestos educativos en el nuevo poder se empeñaron en fijar los caracteres del español americano a través de una reforma ortográfica ya que las diferencias con la norma metropolitana eran muy visibles, es decir al igual que se daba una independencia política se planteaba una independencia lingüística que conducía a su vez también a la creación de las literaturas nacionales. Uno de los más contumaces luchadores de estas reformas ortográficas fue Simón Rodríguez, sin embargo al cabo de unos años se restauraron las normas que imponía la Real Academia de la Lengua desde Madrid, lo que demostraba la incapacidad de las repúblicas americanas para formar una sociedad democrática en la que todavía grupos letrados minoritarios custodiaban la sociedad jerárquica tradicional.

Luego de los trastornos que sufrió la ciudad letrada durante y después del período emancipador, surge hacia 1870, según denominación de Rama, la ciudad modernizada que amplió el circuito letrado generando un proceso muy rico en opciones y cuestionamientos. Por esta época también un nuevo grupo letrado, recién incorporado, desafiaba al poder. Este grupo armado con la filosofía positivista arremetió contra la universidad y los abogados que producía, los que constituían la mayoría de los letrados, acusándolos de vivir enquistados en el poder junto a los caudillos. Bajo las nuevas teorías pedagógicas de Spencer y Pestalozzi el nuevo grupo letrado promovió nuevas leyes de educación en la formación universitaria con incidencia en carreras técnicas que atemperen la hegemonía de abogados y médicos. Este nuevo grupo letrado centró su ataque y ascenso social a través de la Reforma Universitaria reclamando la autonomía de esta institución educativa, así la universidad seguía siendo el puente por el cual se entraba a la ciudad letrada como lo fue en el siglo XIX con otro grupo social. En realidad este proceso, al margen de su extensa ideologización democrática, no rompió los principios de la ciudad letrada sino que éstos fueron fortalecidos al redistribuirse las fuerzas mediante nuevas incorporaciones, así los abo-

gados tuvieron que compartir el poder con nuevas profesiones (sociólogos, economistas, educadores, etc.).

La modernización trajo consigo la apropiación de la tradición oral rural al servicio del proyecto letrado (*Martín Fierro* de José Hernández), en la que la letra urbana acude a recoger la tradición oral en el momento de su desaparición, cuando las culturas rurales eran golpeadas por las pautas urbanas y se corría el peligro del agostamiento de las literaturas orales. De este modo la escritura de los letrados es una sepultura donde es inmovilizada, fijada y detenida para siempre la producción oral. La re-clasificación que sufrieron las literaturas orales por parte de la ciudad letrada contribuyó a la constitución de la literatura como un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación (abandonándose el concepto de bellas letras), por ello en aquella época aparecen las primeras historias literarias nacionales (en Brasil la de Sílvio Romero, en Argentina la de Ricardo Rojas, etc.). Este proceso no implica obviamente la desaparición de la oralidad la cual siguió existiendo y sufriendo operaciones neoculturales que le imponía la modernización, pero que no fueron detectadas por la ciudad letrada.

Al interior de las mismas ciudades la modernización generó un conjunto de tensiones entre la ciudad letrada y la ciudad real, esta última había sufrido la irrupción de las clases medias (especialmente en la zona atlántica de población negra o inmigrante) las cuales experimentan la rápida mutación de sus costumbres, la pérdida de un pasado identificador y una experiencia cotidiana de extrañamiento. La escritura en esta época trata de reconstruir, aparentemente, el pasado de las ciudades, pero en el fondo éste es reconstruido bajo las pautas normativas de la modernización construyendo las nuevas raíces identificatorias de los ciudadanos. De este modo la ciudad letrada cumple una función ideologizante donde trabaja el imaginario y el libre deseo de construir imágenes diferentes de los cambios presentados por la ciudad real.

El impacto de la modernización internacionalista que se da en América Latina entre 1870 y 1920 marca otro momento importante en la ciudad letrada. Al interior

del grupo letrado comenzó a perfilarse una división del trabajo, el letrado ya no aspiraba a dominar varias especialidades precisándose así mejor las viejas y nuevas disciplinas que dieron historiadores, sociólogos, economistas y literatos. A pesar de esta división del trabajo la política no dejó de ser un punto de convergencia entre diversos grupos y diversas disciplinas intelectuales. A nivel de los literatos si bien algunos se orientaban a desarrollar exclusivamente su vocación artística (ejemplo: Rubén Darío), a la vez también se conservaba el modelo decimonónico orientado a la política fijado por Sarmiento; de allí que hubo poetas y novelistas que aspiraban hasta la presidencia (ejemplo: Rómulo Gallegos). Todos los modernistas, a excepción de Darío, participaron en política (M. Díaz, Rodríguez, Tabalada, Chocano, Lugones, Valencia, Herrera y Reissig) alentando el mito, que se mantiene hasta nuestros días, según el cual los letrados son los que mejor entienden de asuntos políticos y negocios públicos. A nivel de los ensayistas este mito tuvo mayor peso: Rodó, Bulnes, Sanín Cano, C. Arturo Torres, F. García Calderón, José Ingenieros, Alcides Arguedas, etc., además de los novelistas naturalistas, estuvieron sumergidos en la vida política comprometiendo incluso su producción literaria.

La orientación política del grupo letrado de esta época generó una función ideologizante, definida por Rama como la conducción espiritual de la sociedad que proyectó este grupo letrado a las nuevas generaciones intelectuales por medio de una superpolítica educativa. Al ingresar al siglo XX un grupo de filósofos—educadores—políticos representaron este modelo: Francisco García Calderón, José Vasconcelos, Antonio Caro, Alejandro Korn, C. Vaz Ferreira, etc. Esta función ideologizante—influida por Renan y otros pensadores europeos—al decaer las creencias religiosas por los embates científicos, hacía que los letrados latinoamericanos asumieran la conducción espiritual de la sociedad en reemplazo de los sacerdotes, recurriendo incluso a algunos de sus instrumentos estilísticos como la oratoria mayestática, consiguiendo sacralizar al intelectual aunque sólo sea para el público culto; para la masa inculta siguieron siendo los sacerdotes sus defensores y guías espirituales (insurrección del Sertão

en Canudos, guerra de los cristeros en México).

México —afirma Rama— desde el Porfiriato, es el ejemplo más característico de las capitales latinoamericanas en donde se conjugan con mucha coherencia dos fuerzas que se buscaban: el ansia de los nuevos intelectuales de incorporarse a la ciudad letrada que rodeaba al poder central, y el ansia de éste para atraerlos a su servicio e incluso subsidiarlos. Los letrados modernistas no tuvieron un gran público como para vivir de su propia producción literaria, por ello encontraron en los políticos y directores de periódicos sus principales compradores, haciendo discursos para los primeros y artículos para los segundos según los requerimientos de cada cual. Aún así el creciente auge del periodismo permitió el desarrollo de un pensamiento opositor que desarrolló un discurso denigratorio de la modernización, aunque paradójicamente era ésta la que había permitido la emergencia de estos autores que enarbolaban este pensamiento crítico. Eran las clases medias recién urbanizadas las que nutrían a este nuevo grupo letrado en su mayoría provincianos y descendientes, en gran parte, de artesanos, pequeños negociantes y hasta hijos de esclavos. Este grupo letrado de manera muy enmascarada también buscaba un lugar en el poder asaltando a la ciudad letrada, tratando de desplazar al grupo modernista que los antecedió por medio de un pensamiento crítico.

Rama denomina, por último, ciudad revolucionada a la que surge durante el siglo XX, desde la revolución mexicana de 1910 hasta el sandinismo nicaraguense actual. Se caracterizó esta etapa por el surgimiento de olas democratizadoras con gobiernos caudillistas como el de Hipólito Yrigoyen (Argentina, 1916), Getulio Vargas (Brasil, 1930), Lázaro Cárdenas (México, 1937), J.D. Perón (Argentina, 1941), Fidel Castro (Cuba, 1958), Salvador Allende (Chile, 1970), etc. Durante esta época las interpretaciones letradas del continente han abandonado las categorías telúricas, biológicas y políticas, para dar mayor firmeza a categorías sociales y económicas. El discurso intelectual de las clases medias emergentes se centró en dos aspectos: educación popular y nacionalismo (desde 1921 cuando José Vasconcelos se encarga de la Secretaría de Educación

de México), a través de los cuales estos nuevos sectores sociales buscaban una redistribución de la riqueza accediendo al interior de la ciudad letrada.

La democratización creciente que produjo este fenómeno hizo que las culturas populares y folklóricas sean reinsertadas en el proceso de urbanización y asumidas no sólo por los intelectuales sino por el público masivo, muestra de esto es la gran acogida que hubo de corridos mexicanos y tangos argentinos, favorecidos por una coyuntura nacionalista que los alentaba. Particularmente el tango, que acompaña a la evolución inmigratoria del Río de la Plata, en sólo veinte años pasó del burdel al salón de la clase media.

Otra característica de la ciudad revolucionada del siglo XX es la recomposición de la ciudad letrada a partir de la aparición de los partidos políticos organizados. La democratización de la sociedad latinoamericana había permitido la aparición de partidos políticos, pero esto no significó que el poder no se reproducesse consolidándose en estructuras más férreas dando lugar a un autoritarismo democrático, al decir de Rama. Esta circunstancia también se produjo a nivel de los letrados quienes tenazmente mantenían una tendencia aristocrática al igual que en la política mantenían los nuevos caudillos. Pero es necesario reconocer también que, al mismo tiempo, el ciclo de revoluciones populares del presente siglo habían permitido la inserción de estratos bajos en las estructuras partidarias que trajeron ideas, valores y sensibilidades que modificaron a la ciudad letrada. Los partidos políticos que aparecen durante el siglo XX, en su mayoría, son hijos de un pensamiento crítico que comienza a cuestionar la sociedad latinoamericana y sus organizaciones pre-existentes. Tres rasgos identifican a estos partidos: baluarte ideológico, democracia organizativa y solidaridad nacional, los cuales produjeron una renovación generacional de la ciudad letrada en la que el intelectual se convertía en un correligionario que acababa el programa y disciplina del partido al que pertenecía.

Afirma Rama que el mismo proceso que genera los partidos políticos nuevos es el que produce la emergencia del público lector, que recibe ávido mensajes culturales

muchas veces nutridos de ideas que se enfrentaban a los órganos del poder gubernamental, generándose experiencias hasta entonces desconocidas y diseñando los intelectuales un camino independiente del poder. Gran parte de este público era espontáneo y no regido por los gustos ilustrados (ejemplo: el público del teatro popular de fines del siglo XIX y principios del XX en Argentina y Brasil). Todo esto era posible por el contacto que se generó entre periodistas, escritores y movimientos sindicales; las vinculaciones entre el sector político y humanístico y la redistribución de los espacios urbanos de trabajo y residencia. Para el público culto o semiculto comenzaron a funcionar las primeras editoriales que serían el principal reduto de los intelectuales independientes y que serían también el primer circuito de comunicación del pensamiento opositor, a través de semanarios y colecciones literarias populares. La incorporación de doctrinas sociales, el autodidactismo y el profesionalismo fueron las transformaciones más importantes que experimentaron los nuevos intelectuales. La ideología anarquista fue la doctrina social que encontró más acogida en el nuevo grupo de intelectuales que surgió a fines del siglo XIX y que se proyectó fundamentalmente a los sectores proletarios, las propuestas anarquistas fueron posteriormente incorporadas al discurso socialista y comunista durante el siglo XX. Para estos nuevos sectores letrados la universidad ya no constituía necesariamente un lugar de paso obligado para su formación, por ello gran parte de este nuevo grupo letrado fue autodidacta y, como quiera que en esa época se genera un mercado abierto de la escritura (periodismo, editoriales), fue también el primer grupo letrado que logra un relativo profesionalismo al margen de los poderes públicos. Finaliza Rama este libro haciendo una distinción del caso mexicano con el del cono sur, en este último los letrados acompañaron a caudillos civilistas salidos de las clases medias, en cambio en el caso mexicano los letrados acompañaron a caudillos militares salidos de las culturas populares rurales, generándose dramáticos desenlaces entre la diversidad de comportamientos de los intelectuales letrados en su relación con el poder político, que están ilustrados de manera muy real en la novela *Los de abajo* de Mariano Azuela.

Rama al explicar magistralmente el versátil itinerario de la ciudad letrada a lo largo de los últimos siglos en América Latina logra darnos una visión de los reales, dramáticos y zigzagueantes caminos que les ha tocado transitar al conjunto de grupos letrados en sucesivas épocas históricas, al compás de sus relaciones (de adhesión o rechazo) con el poder. Rama hace este balance de la ciudad letrada desbordando los marcos tradicionales que se entiende por literatura, estudian toda clase de textos escritos que ejercieron influencia decisiva en la elaboración de las ideologías públicas cercanas, contestatarias o independientes al poder político.

Con este libro Rama demuestra la compleja urdimbre de la que se nutre la crítica literaria, elaboración teórica que también es un símbolo cultural creado por la ciudad letrada, relacionando con magistral coherencia los últimos estudios de sociología urbana sobre América Latina, los procesos políticos y sociales del continente, los aportes de la semiótica y la antropología estructural y la literatura escrita producida por la ciudad letrada en los últimos cuatro siglos. El resultado de la elaboración creativa de estos componentes es sorprendente, en ella Rama ha puesto, además de conocimiento adquirido, pasión y audacia imaginativa permitiendo leerse a sí misma a la ciudad letrada, en forma retrospectiva. De alguna manera Rama nos descubre por primera vez a nuestra conciencia el largo itinerario de la ciudad letrada y con toda seguridad, luego de la lectura de este libro, los letrados ingenuos dejarán de ser inocentes y los cautos serán ahora más conscientes de las implicancias de su peculiar oficio.

Jesus Díaz Caballero

Befumo Boschi, Liliana. *La Problemática del Espacio en la Novela Hispanoamericana*, Mar del Plata, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1984; 210 pp.

La preocupación que origina este interesantísimo libro es la problemática del espacio en cinco novelas latinoamericanas: *Los Pasos Perdidos* (LPP) de Alejo Carpen-

tier; *Pedro Páramo* (PP) de Juan Rulfo; *La Hojarasca* (LH) de Gabriel García Márquez; *La Muerte de Artemio Cruz* (LMAC) de Carlos Fuentes; y *Muerte por Agua* (MPA) de Julieta Campos.

En él se ve que los seres que pueblan dichas novelas poseen el interés coincidente de la búsqueda de un espacio donde la relación entre el hombre y el lugar sea satisfactoria. La atención puesta por Befumo en este aspecto obedece a que estas búsquedas del espacio simbolizan "nuestros propios modos de enlace con la realidad hispanoamericana y nos cuestiona acerca de nuestras ineludibles situaciones de arraigo o de desarraigo con el espacio y con el tiempo en los que estamos incluidos" (p. 10). El tema, que no se presenta como estrictamente literario, da lugar a que el análisis, que tiene precedentes en anteriores estudios publicados por la autora, se completa y se enriquece con información llegada desde otras áreas del conocimiento.

En la Primera Parte, llamada "Aproximación Analítica", se realiza el reconocimiento, en cada una de las novelas, de los distintos recursos en los diferentes planos del relato, tiempo-espacio personaje, lenguaje y su integración a los niveles descriptivos organizados jerárquicamente. La segunda parte cumple una función integradora realizando una lectura hermenéutica de las cinco obras escogidas bajo el título de "Comprensión Valorativa".

En las novelas estudiadas la ruptura de la conexión del hombre con el espacio, del yo interno con el orden de lo real, se manifiesta por la modificación de las relaciones básicas acá—allá adelante, afuera—adentro. Lo que produce la desorientación espacial y la pérdida del punto de referencia.

En LPP los momentos tan opresivos de las primeras páginas nos van refiriendo de la profunda crisis en la que el explorador se halla inmerso: deterioro de la relación afectiva, desinterés profesional, ruptura interna del yo y desarraigo. Todo ello expresado sobre todo en pasajes como el siguiente: "se perdía la noción de verticalidad, dentro de una suerte de desorientación, de mareo de los ojos. No se sabía ya lo que era del árbol y lo que era del reflejo. No se sabía ya si la claridad venía de abajo o de arriba..." (Alejo Carpentier. *Los Pasos Perdidos*, Santia-